

1

AIMÉ CÉSAIRE

LA TRAGEDIA
DEL REY CHRISTOPHE
UNA TEMPESTAD



BARRAL EDITORES

BARCELONA

1972

ACTO PRIMERO

ESCENA 1

GONZALO — De acuerdo, no somos más que una brizna de paja en este desencadenado océano, pero señores, no todo está perdido, procuremos llegar al centro de la tempestad.

ANTONIO — ¡Está visto que el viejo chocho nos va a moler hasta el final!

SEBASTIÁN — ¡Ay! Hasta la última gota.

GONZALO — Comprendedme bien. Imaginaos un gigantesco fanal propulsado a la velocidad de un caballo a galope y cuyo centro quedara impenetrable como el ojo de un cíclope. Es precisamente ese sector de calma llamado vórtice del ciclón que procuraremos alcanzar.

ANTONIO — ¡Precioso! En resumidas cuentas quieres decir que el ciclón, o el cíclope, al no ver la paja que tiene en el ojo nos dejaría escapar. ¡La idea es luminosa!

GONZALO — Si prefieres, es una manera agradable de expresarse. Literalmente falso y absolutamente cierto. ¿Pero a qué tanto bullicio? El capitán parece inquieto. (*Le llama.*) ¡Capitán!

EL CAPITÁN (*encogiéndose de hombros*) — ¡Contramaestre!

EL CONTRAMAESTRE — ¡Presente!
EL CAPITÁN — Estamos a la ventola de la isla. ¡Si esto continúa vamos a encallar! Hemos de maniobrar. Tratemos de capear el temporal.
Sale
EL CONTRAMAESTRE — ¡Vamos, mozos! ¡Maniobra! ¡Arriad la gavia! ¡Arrumbar los cabos! ¡Tirar de los cabos! ¡Tirar de los cabos!
ALONSO (*aproximándose*) — Y bien, contramaestre, ¿en qué estamos? ¿Cómo se presenta la situación?
EL CONTRAMAESTRE — A mi entender haríais bien quedándoos en vuestros camarotes.
ANTONIO — Tiene cara de mala uva, mejor preguntar al capitán. ¡Contramaestre! ¿Dónde está el capitán? ¡Hace un segundo estaba aquí y ha desaparecido!
EL CONTRAMAESTRE — ¡Os digo que a los camarotes! ¡Se trata de no entorpecer a los que trabajan!
GONZALO — Buen hombre, comprendo tu mal humor, pero lo propio de un hombre es saber dominarse en cualquier situación, incluso en las malas.
EL CONTRAMAESTRE — ¡Largo, he dicho! Si tenéis apego a vuestros huesos id a tumbaros en vuestros camarotes de lujo.
GONZALO — ¡Oye, amigo! ¡No sabes con quién estás hablando! (*Presentando.*) ¡El hermano del Rey, el hijo del Rey, y yo, el consejero del Rey!
EL CONTRAMAESTRE — ¡El Rey! ¡El Rey! Pues bien, hay alguien que se ríe del Rey, de ti y de mí, es el Viento! ¡Su Majestad el Viento! Por el momento él manda y nosotros somos sus súbditos.

GONZALO — Si ése es el infernal piloto, hay que reconocer que es muy mal hablado.

ANTONIO — En cierto modo el valiente me envientona. Escaparemos de ésta, ya lo verás, porque no tiene cara de ahogado sino pinta de ahorcado.

SEBASTIÁN — El resultado es el mismo. Si escapamos a los peces, no escaparemos a los cuervos.

GONZALO — ¡Mé ha enfurecido! Sin embargo abogaré por él circunstancias atenuantes. A decir verdad no le faltan valor ni ánimos.

Entra el contramaestre.

EL CONTRAMAESTRE — ¡Halar las bonetas! ¡A barlovento, timonel, al viento, a todo viento!

Entran Sebastián, Antonio, Gonzalo.

EL CONTRAMAESTRE — ¡Otra vez vosotros! Si venís de nuevo a jodernos en lugar de rezar padrenuestros, lo planto todo y os dejo el mando. No contéis conmigo para interponerme entre Belcebú y vuestras almas.

ANTONIO — ¡Es intolerable! Ese voceras abusa demasiado de nuestra situación!

EL CONTRAMAESTRE — ¡Barlovento! ¡Barlovento!

Viento y relámpagos.

SEBASTIÁN — ¡Oh! ¡Oh!

GONZALO — ¿Has visto? ¿En lo alto de los mástiles, en la horcadura de las vergas, en el obenque, esa lepra de fuego que corre, corre ligera y azul? Tienen razón al decir que son países

maravillosos. Nada tienen en común con Europa. ¿Habéis visto? ¡Incluso los rayos son diferentes!

ANTONIO — Quizá sea un anticipo del infierno que se apresta a devorarnos.

GONZALO — Te encuentro pesimista. Yo, en todo caso, me he preparado toda mi vida para entrar en el seno del Señor.

En este momento entran los marineros.

LOS MARINEROS — ¡Maldición! ¡Nos hundimos!

Canto de los pasajeros: «Más cerca de ti, Dios mío, más cerca de ti.»

EL CONTRAMAESTRE — ¡Orzar! ¡Orzar del todo!
¡Amura sobre amura!

FERNANDO — ¡Maldito sea! ¡El infierno está vacío y todos los demonios están aquí!

El barco se hunde

ESCENA 2

MIRANDA — ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Un barco que se hunde! ¡Padre, padre, socorro!

PRÓSPERO (*acudiendo, un portavoz en la mano*)
¡Vamos, hijita! ¡Calma! ¡Calma, vamos! ¡Espectáculo! ¡Un espectáculo! Nada malo en todo esto. Y además, todo cuanto sucede es por tu bien. Ten confianza en mí. No digo más.

MIRANDA — ¡Un buque tan hermoso! Y tantas vidas, hermosas y valientes, naufragadas, tragadas, revueltas en las algas... Tendría que ser

más duro que una roca, el corazón, para no sentirse destrozado!

PRÓSPERO — ¡Tragados! ¡Tragados!... ¡Hum! Está por ver... Mira, acércate, Princesita, ha llegado el momento. ¡Pues sí, Princesa!

MIRANDA — Te burlas de mí, padre. Soy salvaje y no me importa. Algo parecido a la reina de los pistilos, de las huellas y de las aguas vivas, corriendo siempre, los pies desnudos entre las espinas y las flores, respetada por unas y acariciada por otras.

PRÓSPERO — Princesa, ¿cómo llamar de otro modo una hija de Príncipe! No quiero hacerte padecer más tiempo. Milán es la ciudad en donde naciste, Milán, donde yo fui el Duque durante muchos años.

MIRANDA — Entonces, ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Dime ¿a través de qué avatares, recluido en esta isla perdida, un príncipe se ha convertido en el anacoreta presente? ¿Asco del mundo o perfidia del enemigo? ¿Prisión o Tebaida? Muchas veces enciendes mi curiosidad, ojalá hoy la satisfagas por completo.

PRÓSPERO — Se trata de un poco de todo eso a la vez. Y antes que nada de enemistades políticas, de intrigas de un ambicioso segundón. Antonio es el nombre de tu tío, Alonzo el del codicioso rey de Nápoles. Cómo se conjugaron las ambiciones de ambos, cómo mi hermano se convirtió en cómplice de mi rival, cómo éste prometió al otro su protección a la par que mi trono, tan sólo el diablo lo sabe. Sea lo que sea, cuando supieron que gracias a mis cálculos, había situado con precisión estas tierras que desde hace siglos están prometidas a la búsqueda del hombre, y que yo empezaba a hacer prepara-

tivos para tomar posesión de ellas, urdieron un complot para robarme el imperio aún no nacido. Sobornaron a mis gentes, hurtaron mis documentos y para desembarazarse de mí me denunciaron a la Inquisición como mago y brujo. En resumen, un buen día vi llegar al palacio gentes a las que no había dado audiencia: los sacerdotes del Santo Oficio.

Se ve retrospectivamente un «frater», leyendo un rollo de pergamino ante Próspero que viste ropas ducales.

EL FRATER — «La muy Santa Inquisición por la integridad de la fe y contra la perversión herética, actuando por delegación especial de la Santa Sede apostólica, informada de los errores que profesas, insinúas y publicas contra Dios y la Creación respecto a la forma de la tierra y la posibilidad de descubrir otras tierras, cuando probado está que el Profeta Isaías nos dice que el Señor está sentado sobre el círculo del mundo, que en su centro se encuentra Jerusalén y que más allá de este mundo se encuentra el inaccesible Paraíso, convencida que conscientemente, malvadamente y desdichadamente citas, para sostener tu herejía, a Strabon, Ptolomeo, al autor trágico Séneca, acreditando así la idea de que puede haber en las escrituras profanas una autoridad capaz de impugnar con éxito lo que consta como prueba en las Santas Escrituras, vistas las prácticas diurnas y nocturnas a las que te dedicas, los cálculos arábigos, los grimorios hebraicos, siríacos y otras lenguas demoníacas visto en fin que hasta el momento has escapado al cas-

tigo porque recubriéndote de una autoridad temporal, si no usurpada al menos transformada, por el uso tiránico que has hecho de ella, te destituye provisionalmente de tus títulos, cargos y honores, y por todo ello, con el fin que se proceda contra ti, y según las formas en vigor, a un amplio y riguroso examen, te requerimos que nos sigas.»

PRÓSPERO (*prosiguiendo su relato*) — Sin embargo, el proceso con el que me honraban, no tuvo lugar. Tanto temen la luz esos seres tenebrosos. Abreviando: decidieron no matarme sino algo peor: abandonarme contigo en una isla desierta.

MIRANDA — ¡Es horroroso! ¡Qué malo es el mundo! ¡Cuántos sufrimientos han sido los tuyos!

PRÓSPERO — En esta historia de felonía y traición, un sólo nombre honorable he de citar: el del excelente Gonzalo, consejero del Rey de Nápoles, y digno de servir a mejor señor. Procurándome víveres y ropas, trayendo hasta aquí mis libros e instrumental, hizo cuanto pudo para que este primitivo habitáculo fuera soportable.

Ahora bien, por un singular accidente, la Fortuna acaba de traer a estas orillas los hombres del complot. Mi ciencia profética ya me había predicho hace tiempo que después de haberse apoderado en Europa de mis bienes, no interrumpirían tan buen apetito y que, con su avidez pasando por encima de su cobardía, afrontarían el océano y singlarían por cuenta propia hacia las tierras presentidas por mi ingenio. Lo que no podía permitir sin reaccionar y teniendo poder para impedirlo, lo hice, ayudado por Ariel. Maquinamos la tempestad a la cual aca-

bas de asistir, que preservá mis bienes de ultramar y al mismo tiempo pone esos malos bichos en mis manos.

Entra Ariel.

PRÓSPERO — ¿Qué hay, Ariel?

ARIEL — Misión cumplida.

PRÓSPERO — ¡Bravo! ¡Buen trabajo! Pero ¿qué te ocurre? Te felicito y no pareces contento. ¿Cansado?

ARIEL — Cansado no, pero sí asqueado. Te he obedecido pero, ¿por qué negarlo?, con la muerte en el alma. Daba pena ver hundirse ese gran buque lleno de vida.

PRÓSPERO — ¡Vamos, vamos! ¡La crisis! ¡Siempre ocurre lo mismo con los intelectuales!... ¡Se me da una higa! Lo que me interesan son tus obras, no tus angustias. Hagamos partes: yo me quedo con tu celo y te deajo tus dudas. ¿De acuerdo?

ARIEL — Amo, te pido que me excuses de esta clase de empleo.

PRÓSPERO (*gritando*) — Escucha una vez para siempre. Tengo que cumplir un propósito y no miraré los medios!

ARIEL — Mil veces me has prometido la libertad y todavía espero.

PRÓSPERO — Ingrato, ¿quién te liberó de Syccorax? ¿Quién hizo que se abriera el pino en donde estabas encerrado y te puso en libertad?

ARIEL — A veces lo lamento... Después de todo quizás habría terminado por ser un árbol... Árbol, ¡una de tantas palabras que me arrebatan! Lo he pensado a menudo: ¡Palmera! Desvaneciéndolo a lo alto un desgaire en donde

nada la elegancia de un pulpo. ¡Baobab! Dulzura de entrañas de los monstruos. Pregúntaselo al pájaro cálao que se enclaustra durante una estación. ¡Ceiba! ¡Explayado al sol altivo! ¡Pájaro! ¡Las garras hincadas en tierra viva!

PRÓSPERO — ¡Apabullas! No me gustan los árboles de palabra. En cuanto a tu libertad, la tendrás, pero a mi hora. Mientras tanto ocúpate del buque. Yo voy a decir dos palabras al tal Calibán. A ése le tengo el ojo echado, se emancipa un tanto. (*Le llama.*) ¡Calibán! ¡Calibán! (*Suspira.*)

Entra Calibán.

CALIBÁN — ¡Uhuru!

PRÓSPERO — ¿Qué dices?

CALIBÁN — Digo, ¡uhuru!

PRÓSPERO — Otra vez vuelves a tu bárbaro lenguaje. Te he dicho que eso no me gusta. Además, podrías ser educado, unos buenos días no te matarían.

CALIBÁN — ¡Ah! Me olvidaba... Buenos días. Pero buenos si es posible en cuanto avispas, sapos, pústulas y fiemo. ¡Pueda el día de hoy anticipar diez años el día en que los pájaros del cielo y los animales de la tierra se harten con tu carroña!

PRÓSPERO — ¡Siempre tan gracioso, cara de mico! ¿Cómo es posible ser tan feo?

CALIBÁN — Me encuentras feo, pero yo no te encuentro nada guapo. Con esa nariz ganchuda ¡pareces un viejo buitre! (*Ríe.*) ¡Un viejo buitre de cuello pelado!

PRÓSPERO — Ya que empleas tan bien la invectiva, podrías al menos bendecirme por haber-

te enseñado a hablar. ¡Un bárbaro! ¡Una bestia bruta que he educado, formado, que he sacado de la animalidad que todavía le cuelga por todas partes!

CALIBÁN — Para empezar, eso no es cierto. No me has enseñado nada. Salvo, claro está, a charrrear tu lenguaje para que pueda comprender tus órdenes: cortar leña, lavar platos, pescar, plantar hortalizas, porque tú eres demasiado holgazán para hacerlo. En cuanto a tu ciencia ¿me las has enseñado, di? ¡Bien que te la has guardado! Tu ciencia la guardas egoístamente para ti solo, encerrada en esos gruesos libros de ahí.

PRÓSPERO — ¿Qué serías sin mí?

CALIBÁN — ¿Sin ti? ¡Pues simplemente el rey! ¡El rey de la isla! El rey de mi isla, que me viene de Sycorax, mi madre.

PRÓSPERO — De ciertas genealogías más vale no vanagloriarse. ¡Un vampiro! ¡Una bruja de la cual, a Dios gracias, la muerte nos ha liberado!

CALIBÁN — ¡Muerta o viva es mi madre y no pienso negarla! Además, la crees muerta porque crees que la tierra es algo muerto... ¡Es mucho más cómodo! ¡Muerta, entonces se la pisa, se la ensucia, se la rechaza de un puntapié vencedor! Yo la respeto porque sé que vive, y que Sycorax vive.

¡Sycorax madre mía!

¡Serpiente! ¡Lluvia! ¡Relámpagos!

Y te reencuentro en todo:

En el ojo de la charca que me mira sin pestañear,

A través de los juncos.

En el gesto de la retorcida raíz y del brote que aguarda.

En la noche, la vidente ciega,
la husmeadora sin nariz.

...Por otra parte, a menudo, en sueños, me habla y me advierte... Mira, ayer sin ir más lejos, cuando me encontraba de bruces al borde del río, bebiendo a lengüetadas el agua cenagosa, y que la Bestia se disponía a atacarme, con un peñasco en la mano.

PRÓSPERO — En todo caso, si sigues así, tus brujerías no van ponerte a salvo del castigo.

CALIBÁN — ¡Eso es! En los primeros tiempos el Señor me engatusaba: ¡Mi querido Calibán por aquí, mi pequeño Calibán por allá! ¡Vaya! ¿Qué hubieras hecho sin mí en esta región desconocida? ¡Ingrato! Te he enseñado los árboles, los frutos, los pájaros, las estaciones y ahora te importo un carajo... ¡El bruto de Calibán! ¡Calibán el esclavo! La receta es conocida: ¡se exprime la naranja y se tira la corteza!

PRÓSPERO — ¡Oh!

CALIBÁN — ¿Miento, quizá? No es cierto que me has echado de tu casa para alojarme en una gruta infecta? ¡Vamos, el ghetto!

PRÓSPERO — El ghetto, eso se dice pronto. Sería menos «ghetto» si te tomaras la molestia de tenerla limpia. Además hay algo que has olvidado decir y es que tu lubricidad me obligó a alejarte. ¡Puñeta! ¡Intentaste violar a mi hija!

CALIBÁN — ¡Violar! ¡Violar! Oye, cabrón, me atribuyes ideas libidinosas. Para que lo sepas: no me importa tu hija, ni tampoco la gruta. En el fondo, si gruño es por principio ya que no me gustaba en absoluto vivir a tu lado; ¡te hieden los pies!

PRÓSPERO — ¡No te he llamado para discutir!

¡Largo! ¡A trabajar! ¡Leña, agua, en cantidad!
— Hoy tengo visitas.

CALIBÁN — ¡Empiezo a estar harto! ¡Leña hay un montón así de alto!

PRÓSPERO — ¡Calibán, basta ya! ¡Cuidado! ¡Si refunfuñas, el palo! Y si te embobas, haces huelga o sabotear el palo! El único lenguaje que entiendes es el palo, pues bien, peor para ti, te hablaré fuerte y claro. ¡Date prisa!

CALIBÁN — ¡Está bien! Ya voy... pero por última vez. ¡La última, entiendes! ¡Ah! se me olvidaba... tengo que decirte algo importante.

PRÓSPERO — ¿Importante? Venga, desembucha.

CALIBÁN — Pues bien: he decidido no ser más Calibán.

PRÓSPERO — ¿Qué significa esa pijotada? ¡No comprendo!

CALIBÁN — Si prefieres, te digo que de ahora en adelante no responderé cuando me llamen Calibán.

PRÓSPERO — ¿Y a santo de qué?

CALIBÁN — Porque Calibán no es mi nombre. ¡Sencillamente!

PRÓSPERO — ¡Es el mío tal vez!

CALIBÁN — Es el mote con el cual tu odio me ha disfrazado para que cada llamada me insulte.

PRÓSPERO — ¡Carajo! ¡Nos volvemos susceptibles! Propón, entonces... ¡De algún modo he de llamarte! ¡Y cómo! *Canibal* te iría bien, pero estoy seguro que no te va a gustar. Veamos, ¡Aníbal! ¡Te va! ¿Por qué no? ¡Los nombres históricos gustan a todos!

CALIBÁN — Llámame X. Es mejor. Como quien diría el hombre sin nombre. Más exactamente el hombre a quien han robado el nombre. Hablas de historia. Pues bien, esto es historia,

¡y famosa! Cada vez que me llames me recordará el hecho fundamental que me has robado todo, incluso mi identidad. ¡Uhuru! (*Se retira.*)

Entra Ariel en forma de ninfa marina.

PRÓSPERO — Querido Ariel, ¿has visto qué mirada, qué fulgor en sus ojos? Esto es nuevo. Escúchame bien: Calibán, ése es el enemigo. En cuanto a los pasajeros del buque, mis sentimientos en lo que a ellos respecta, han cambiado. Asítales, lo consiento. Pero, por Dios, ni uno solo de sus cabellos ha de ser tocado. ¡Me respondes con tu cabeza!

ARIEL — Demasiado he sufrido teniendo que ser el agente de sus padecimientos, para no aplaudir tu misericordia. Cuenta conmigo, amo.

PRÓSPERO — Sí, por grandes que sean sus crímenes, si se arrepienten, asegúrales mi perdón: son gentes de mi raza, de alto rango. En cuanto a mí, he llegado a una edad en la cual, por encima de disputas y querellas, hay que pensar en el porvenir.

Tengo una hija. Antonio tiene un hijo. Consiento que se quieran. Que Ferdinand case con Miranda y que este matrimonio nos aporte paz y concordia. Ese es mi plan. Quiero que se cumpla. En cuanto a Calibán, qué importa lo que pueda maquinarse contra mí ese malvado. La nobleza de Italia, Nápoles y Milán desde ahora unidas, me defenderá con su cuerpo. ¡Vel!

ARIEL — Bien, Amo. Tus órdenes serán cumplidas punto por punto.

Ariel cantando.

*Alazán de las arenas
su mordedura
Moridero de las olas
languidez pura.
Donde se pierde la ola.
venid todos aquí,
cogeos de la mano
y bailad.*

*¡Blondo de las arenas,
su quemadura!
languidez de las olas
Moridero puro
Aquí los labios lamen y relamen
nuestras heridas.*

FERDINAND — ¿Qué es esta música? La he seguido hasta aquí y ahora se detiene... No, vuelve a comenzar...

Ariel cantando:

*Una flotación se termina...
Nada es, todo deviene...
La estación está próxima y es extraña.*

*Pura pupila es perla fina
Corazón coral, hueso madrepora
Aquí termina la flotación
Según en nosotros la mutación marina.*

FERDINAND — ¿Quién veo? ¿Una diosa? ¿Una mortal?

MIRANDA — Y yo veo con quién tengo que habér-

melas: un cumplimentero. Complimentar en la situación en que te encuentras, muchacho, prueba al menos tu valor. ¿Quién eres?

FERDINAND — Ya lo ves: un pobre náufrago.

MIRANDA — En todo caso un náufrago de porte muy distinguido.

FERDINAND — En otros lugares se hubiera dicho «Príncipe», «hijo de Rey»... Pero no, iba a olvidarme. Rey, por desgracia. Rey ya que mi padre acaba de morir en el naufragio.

MIRANDA — ¡Pobre muchacho! Quiero decirte que aquí se te acoge con hospitalario corazón y que compartimos tu infortunio.

FERDINAND — ¡Ay! Mi padre... ¿Seré acaso un hijo desnaturalizado? Tu compasión hace que me parezcan dulces las mayores desdichas.

MIRANDA — Espero que te encuentres bien entre nosotros, la isla es tan bonita. Te enseñaré las playas y los bosques, te diré el nombre de los frutos y de las flores, te ayudaré a descubrir un mundo de insectos, de lagartos de todos los colores, de pájaros. ¡Si supieras!... ¡Los pájaros!...

PRÓSPERO — ¡Calma, hija mía! Me irrita este parloteo y te aseguro que está fuera de lugar. Es honrar demasiado a un impostor. ¡Joven, no eres más que un traidor, un espía, un faldero por si fuera poco! ¡Apenas salvado de las aguas hete aquí que empieza a galantear a la primera muchacha que encuentra! Pero a mí no me vengas con cuentos. Caes a punto, necesito brazos, me servirás como esclavo en mi hacienda.

FERDINAND — Al ver a esa joven más hermosa que una ninfa, me he creído Ulises en la isla de Nausicaa. Pero al escucharte, Señor, comprendo más claramente mi suerte y que he caí-

do en Barbaria, entre las manos de un cruel naufragador.

Desdeñoso.

¡Pero un gentilhombre prefiere la muerte al deshonor! ¡Señor: defenderé mi vida con mi libertad!

PRÓSPERO — ¡Pobre imbécil! Mira... tu brazo flaquea, tus rodillas no te aguantan! ¡Traidor! ¡Podría matarte!... Pero necesito mano de obra. ¡Sígueme!

ARIEL — Inútil insistir, joven. Mi amo es un hechicero: ni tu ardor ni tu juventud pueden contra él. Síguenos y obedece, es lo mejor que puedes hacer.

FERDINAND — ¡Dios! ¿Qué significa este hechizo? Derrotado y cautivo, lejos de rebelarme contra mi fortuna, encuentro dulce la servidumbre. Que mi reclusión sea por vida si el cielo me concede que una vez al día perciba el rostro del sol, el rostro de mi sol. Adiós, Nausicaa.

Salen.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Gruta de Calibán. Calibán está trabajando y canta cuando llega Ariel. Le escucha un momento.

CALIBÁN (*cantando*) —

Quien come su maíz sin pensar en Shangó
¡Mal haya! Bajo su uña se desliza Shangó
¡Y toma su parte!
¡Shangó Shangó ho!

¡No le ofreces asiento! ¡Como gustes!
¡Sobre tus narices tomará asiento!

¡No le das un sitio bajo tu techo! ¡Es cosa tuya!

Toma el techo, de viva fuerza, y con él se cubre la cabeza!

¡Quien quiere engañar a Shangó mal calcula!

¡Shangó Shangó ho!

ARIEL — ¡Hola, Calibán! Sé que no me aprecias en absoluto, pero a fin de cuentas somos hermanos en el sufrimiento y en la esclavitud. Hermanos también en la esperanza. Los dos queremos la libertad, sólo nuestros métodos difieren.

CALIBÁN — ¡Hola! ¡No será para hacerme esa profesión de fe que has venido a verme! ¡Vamos, Alastor! Es el viejo quien te envía ¿no es cierto? Buen oficio: ¡ejecutor de los grandes pensamientos del amo!

ARIEL — No, vengo por voluntad propia. Vengo para advertirte. Próspero proyecta espantosas venganzas contra ti. He creído mi deber ponerte en guardia.

CALIBÁN — Estoy preparado.

ARIEL — Pobre Calibán, vas a tu perdición. Bien sabes que no eres el más fuerte, que nunca serás el más fuerte. ¿A qué luchar?

CALIBÁN — ¿Y tú? ¿De qué te han servido tu obediencia, tu paciencia de tío Tom y tanto servilismo? Ya lo ves, el hombre se vuelve de día en día más exigente y más déspota.

ARIEL — De todos modos he obtenido un primer resultado, me ha prometido la libertad. A su tiempo, sin duda, pero es la primera vez que me la promete.

CALIBÁN — ¡Y un jamón! Prometerá mil veces y te traicionará otras tantas. Además, el mañana no me interesa. Lo que yo quiero es (*grita*)... «Freedom now!»

ARIEL — Sea. Pero bien sabes que no puedes terminar con él por el momento y que es el más fuerte. Estoy bien situado para saber lo que guarda en su arsenal.

CALIBÁN — ¿El más fuerte? ¿Tú qué sabes? La debilidad tiene mil medios que únicamente la cobardía nos impide inventoriar.

ARIEL — No creo en la violencia.

CALIBÁN — Entonces ¿en qué crees? ¿En la cobardía? ¿En la renuncia? ¿En la genuflexión? ¡Eso es! Te pegan en la mejilla derecha y tien-

des la mejilla izquierda. Te dan un botazo en la nalga izquierda y tiendes la nalga derecha; así no hay celosos. ¡No está hecho para Calibán!

ARIEL — Sabes que no es eso lo que pienso. Ni violencia ni sumisión. Compréndeme. Es a Próspero a quien hay que cambiar. Turbar su serenidad hasta que reconozca al fin la existencia de su propia injusticia y ponga término a ella.

CALIBÁN — ¡Bah, bah, bah! ¡Déjame reír! ¡La conciencia de Próspero! Próspero es un viejo rufián que no tiene conciencia.

ARIEL — Justamente, hay que tratar de darle una. No lucho únicamente por mi libertad, por nuestra libertad, sino también por Próspero, para que nazca una conciencia en Próspero. Ayúdame, Calibán.

CALIBÁN — Escucha, mi pequeño Ariel, ¡a veces me pregunto si no estás chiflado! ¿Que nazca la conciencia en Próspero? Como ponerse ante una piedra y esperar que le broten flores.

ARIEL — Me desesperas. He tenido a menudo el sueño exaltante de que un día, Próspero, tú y yo, emprenderíamos, hermanos asociados, la construcción de un mundo maravilloso, aportando cada uno de nosotros, en contribución, las propias cualidades: paciencia, vitalidad, amor, también voluntad, y rigor, sin contar algunos arranques de ensueño sin los cuales la humanidad perecería de asfixia.

CALIBÁN — No has comprendido a Próspero. No es alguien capaz de colaborar. Es un botarate que únicamente se siente alguien cuando aplasta a alguno. Un prepotente, un majadero, ¡eso es lo que es! ¡Y hablas de fraternidad!

ARIEL — Entonces, ¿qué queda? ¿La guerra? Sabes que en ese juego Próspero es invencible.

CALIBÁN — Mejor la muerte que la humillación y la injusticia... Por otra parte y de todos modos, la última palabra la tendré yo... A menos que la tenga la nada. El día que crea todo perdido, déjame robar algunos barriles de tu pólvora infernal, y esta isla, mi bien, mi obra, la verás saltar por los aires desde lo alto del empuje en donde gustas planear, con, así lo espero, Próspero y yo entre los cascajos. Espero que apreciarás los fuegos artificiales: estarán firmados Calibán.

ARIEL — Cada uno de nosotros oye el propio tambor. Tú andas al compás del tuyo. Yo ando al compás del mío. Te deseo valor, hermano mío.

CALIBÁN — Adiós, Ariel, te deseo suerte, hermano mío.

ESCENA 2

GONZALO — ¡Magnífico país! El pan cuelga de los árboles y el albaricoque es más gordo que una buena teta de mujer.

SEBASTIÁN — Lástima que algunas partes la tierra esté tan descolorida.

GONZALO — ¡Que no quede por eso! Si hay veneno, seguro que el contraveneno se encuentra al lado, ya que tanto se complace la naturaleza en la armonía. Fíjate, he leído en algún sitio que para las tierras estériles el guano es excelente.

SEBASTIÁN — ¿El guano, qué animal es ése? ¿No querrás decir la iguana?

GONZALO — Joven, si digo *guano*, quiero decir *guano*. Sí, guano es el nombre del fiemo de pájaro acumulado desde siglos y es el fertilizante más maravilloso que se conoce. Se esconde en las grutas... A mi parecer tendrían que examinarse una por una todas las grutas de la isla para ver si se encuentra, en cuyo caso este país, bajo sabia dirección, sería más rico que Egipto con su Nilo.

ANTONIO — Si comprendo bien tu gruta de guano es un río de fiemo desecado.

GONZALO — Para completar tu metáfora, basta con irrigar, si así puede decirse, los campos con esa maravillosa materia fecal y todo florece.

SEBASTIÁN — Falta, además, que hayan brazos para cultivarlos. ¿Acaso esta isla está habitada?

GONZALO — Evidentemente, ahí está el problema. Pero si lo está, no puede ser más que por gentes maravillosas. Está claro: una tierra maravillosa no puede dar más que seres maravillosos.

ANTONIO — ¡Sí!

*Hombres de cuerpo delgado y vigoroso
Y mujeres cuya sinceridad de mirada asombra.*

GONZALO — ¡Algo de eso hay! Veo que conoces tus clásicos. Pero, en este caso, cuidado. Nos impondría nuevos deberes.

SEBASTIÁN — ¿Cómo te lo explicas?

GONZALO — Quiero decir que si la isla está habitada, como creo, y la colonizamos, como deseo, habrá que guardarse como de la peste de aportar a ella nuestros defectos, sí, lo que llamamos civilización. Que se queden como son: sal-

vajes, buenos salvajes, libres, sin complejos ni complicaciones. Algo así como una reserva de eterna juventud en donde periódicamente vendríamos a refrescar nuestras envejecidas y ciudadanas almas.

ALONSO — En fin, don Gonzalo ¿cuándo terminarás de charlar?

GONZALO — ¡Oh! Majestad, si os importuno, me callo. Lo que decía era para divertirlos y distraer el triste curso de vuestros desdichados pensamientos. ¡Chut! ¡Me callo! Por si fuera poco, mis viejos huesos no pueden más. ¡Uf! Me siento, con vuestro permiso, se entiende.

ALONSO — Noble anciano, aunque algo más joven, cojamos del mismo pie.

GONZALO — Entonces, ¡está reventado! ¡Muerto de cansancio y de hambre!

ALONSO — Nunca he pretendido estar por encima de la condición humana.

Música extraña y solemne.

¡Escucha! ¡Escucha! ¿Has oído?

GONZALO — Sí, una rara melodía.

Próspero entra, invisible. Entran igualmente extrañas figuras que traen una mesa servida. Bailan e invitan amablemente al rey y a su séquito a comer, luego desaparecen.

ALONSO — ¡Protégenos, cielo! ¡Marionetas vivientes!

GONZALO — ¡Qué gracia! ¡Qué música! ¡Hum! ¡Todo es muy extraño!

SEBASTIÁN — ¡Desaparecidos! ¡Esfumados! Pero ¿qué importa si han dejado víveres. Jamás co-

mida alguna ha caído tan a propósito. ¡A la mesa, señores!

ALONSO — Sí, tomemos parte en este banquete, aunque fuera el último.

Se disponen a comer, pero los duendes vuelven a entrar y, con abundancia de contorsiones y muecas, se llevan la mesa.

GONZALO — ¡Oh! ¡Oh! ¡Vaya modos!

ALONSO — Me parece que hemos caído en manos de potencias que juegan con nosotros al gato y al ratón. Es una cruel manera de hacernos sentir nuestra dependencia.

GONZALO — En el punto en donde están las cosas no hay que extrañarse y de nada serviría rebelarnos.

Entran de nuevo los duendes trayendo otra vez la comida.

ALONSO — ¡Oh! ¡No! Esta vez no me engañarán! SEBASTIÁN — Hambriento como estoy, voy a acallar mis escrúpulos.

GONZALO (a Alonso) — ¿Por qué no probar? ¿Quizás al ver nuestra expresión decepcionada, las Potencias de que dependemos han tenido piedad de nosotros. Después de todo, Tántalo, cien veces decepcionado, empezó nuevamente cien veces.

ALONSO — Y ese era su suplicio. No probaré esos alimentos.

PRÓSPERO (invisible) — No me gusta la negativa, Ariel. Atórméntalos hasta que coman.

ARIEL — ¿Por qué preocuparnos de ellos? Si no comen no les quedará más remedio que morirse de hambre.

PRÓSPERO — No, quiero que coman.

ARIEL — Eso es despotismo. Lo que hace un momento me obligaste a quitar de sus ávidas bocas, ahora, que se niegan, estás decidido a embuchárselo a la fuerza.

PRÓSPERO — ¡Basta de razonamientos! ¡Mi humor ha cambiado! Me ofenderían si no comieran. Que vengan a comer de mi mano como polluelos. Es una prueba de sumisión que exijo de ellos.

ARIEL — No está bien jugar con su hambre lo mismo que con sus angustias y esperanzas.

PRÓSPERO — Con ello se mide el poder. Yo soy el Poder.

Alonso y su séquito comen.

ALONSO — ¡Ay! Cuando pienso...

GONZALO — Ese es su mal, Señor: piensa demasiado.

ALONSO — ¡Así pues ni siquiera podré pensar en mi hijo perdido! ¡En mi trono! ¡En mi patria!

GONZALO (*comiendo*) — ¡Vuestro hijo! ¡Quién dice que no podréis encontrarlo! En cuanto al resto... Mirad, Señor, este habitáculo es nuestro mundo de ahora en adelante. ¿Por qué buscar más allá? Si vuestros pensamientos son demasiado extensos, no hay más que recortar vuestros pensamientos.

Comen.

ALONSO — ¡Sea! Pero mejor prefiero dormir. Dormir y olvidar.

GONZALO — ¡Enhorabuena! ¡Colguemos nuestras hamacas!

Se duermen.

ESCENA 3

ANTONIO — Míralos, esos hundidos, esos pegajosos, envueltos en las redes de sus mocos y de su catarro: idiotas y viscosos, parecen medusas naufragadas.

SEBASTIÁN — ¡Cht! Es el rey. Y esa barba canosa es su venerable consejero.

ANTONIO — El Rey es quien vela cuando duerme el rebaño. Éste no vela. Ergo no es el Rey. (*Bruscamente.*) Es no tener sangre en las venas ver dormir a un rey sin que a uno le vengan ciertas ideas...

SEBASTIÁN — Pues no debo de tener sangre, sino agua.

ANTONIO — No calumniemos al agua. Nunca me he mirado en ella sin descubrirme más hermoso, más esencial. Mi agua me ha dado siempre mi grandeza, mi verdadera grandeza, no la que los hombres me suponen.

SEBASTIÁN — Entonces, digamos que soy un agua estancada.

ANTONIO — El agua nunca se estanca. Trabaja, nos trabaja. Es ella la que da al hombre su dimensión, la verdadera. Créeme, haces mal en no aprovechar la ocasión que se te ofrece. Quizá no se presente nunca más.

SEBASTIÁN — ¿Adónde quieres ir? Temo adivinarlo.

ANTONIO — Adivina, adivina ¡qué diablo!... Ves este árbol que balancea su penacho al viento. Se llama cocotero... Mi querido Sebastián, si

me creyeras, es el momento de sacudir el cocotero.

SEBASTIÁN — Cada vez comprendo menos.

ANTONIO — ¡Qué borrico! Toma ejemplo: Soy el Duque de Milán. Pero no siempre lo he sido. Tenía un hermano mayor. Era el Duque Próspero. Si ahora soy el Duque Antonio es que supe sacudir a tiempo el cocotero.

SEBASTIÁN — ¿Y Próspero?

ANTONIO — ¿Y a mí qué me preguntas? Cuando se sacude a un árbol, siempre cae alguien. Y está visto que ese no fui yo, puesto que aquí me ves: ¡para ayudarte y servirte, Majestad!

SEBASTIÁN — ¡Basta! Pero es mi hermano. Un escrúpulo me retiene. Encárgate tú mientras yo expido al viejo consejero.

Desenvainan.

ARIEL — ¡Alto, rufianes! Inútil resistir: vuestras espadas están encantadas y se os caen de las manos.

ANTONIO, SEBASTIÁN — ¡Maldición!

ARIEL — ¡Ea! ¡Los dormilones! ¡Despertad! Despertad, os digo. Os va la vida. Con estos atrevidos de dientes largos y largos espadones, quien mucho duerme corre el peligro de dormir para siempre.

Alonso y Gonzalo, despertándose.

ALONSO (*frotándose los ojos*) — ¿Qué ocurre?
¡Dormía y he tenido un sueño horrible!

ARIEL — No, no soñabas. Estos dos caballeros que aquí veis son un par de criminales que estaban dispuestos a perpetrar con vosotros la

más odiosa fechoría. Sí, Alonso, maravíllate de que un dios venga a tu socorro. ¡Quiera el cielo que lo hayas merecido!

ALONSO — Nunca he faltado a la divinidad.

ARIEL — No sé qué despertará en tu alma esta noticia: Próspero es el nombre de quien me envía.

ALONSO — ¡Próspero! ¡Dios Santo!

Se pone de rodillas.

ARIEL — Comprendo tu emoción: vive. Es él quien reina en esta isla, como reina en los espíritus que pueblan el aire que respiras... Pero levántate... No tienes por qué temer. No te ha salvado para perderte. Tu arrepentimiento le basta, pues lo veo sincero y profundo. (*A Antonio y a Sebastián.*) En cuanto a vosotros, Señores, también se os concede el perdón de mi amo, con tal que, conociendo su vanidad, seáis renunciar a vuestros proyectos.

SEBASTIÁN (*a Antonio*) — Peor nos hubiera podido ir.

ANTONIO — Si se trata de hombres, ninguno me hará retroceder, pero cuando se trata de demonios y de magia, no hay deshonor en someterse. (*A Ariel.*)... Somos del Duque los muy humildes y obedientes servidores. Por favor pídele que nos reciba a su conveniencia.

GONZALO — ¡Oh! ¡Gentes malvadas! ¡Eres muy bondadoso al aflojar la cuerda! ¡Señores, atención! ¡Nada de arrepentimiento de boquillal! No sólo atrición, sino contrición también... ¿Por qué me miráis como si no comprendierais? Pues bien: *Atrición*: sentimiento interesado, disgusto de haber ofendido a Dios causa-

do por el temor del castigo. *Contrición:* sentimiento desinteresado, también disgusto, pero en relación con el descontento de Dios.

ARIEL — Noble Gonzalo, gracias por tu aclaración. Tu elocuencia facilita mi contenido y tu pedagogía la abrevia, ya que en pocas palabras has expresado la idea de mi amo. ¡Con tal que te comprendan!
¡De modo que echemos tierra! Para terminar este episodio, no me queda más que invitaros a todos, en nombre de mi amo, a los festejos que deben señalar hoy mismo los esponsales de su hija Miranda. Alonso, tengo buenas noticias para ti...

ALONSO — ¿Qué? ¿Mi hijo?

ARIEL — Él mismo. Salvado de la furia de las aguas por la gracia de mi amo.

ALONSO (*cayendo de rodillas*) — ¡Alabado sea Dios! ¡Y de esto, más que de todo lo demás! Rango, fortuna, trono, estoy dispuesto a abandonarlo todo si mi hijo me es devuelto...

ARIEL — Vengan, señores, síganme.

ACTO TERCERO

ESCENA 1

FERDINAND (*azadonando el suelo; canta*) —

*Pero la vida ha cambiado
ahora azada en mano
todo el día trabajo
Trabajando azada en mano
paso mi tiempo melancólico...*

CALIBÁN — ¡Pobre pequeño! ¡Qué diría si fue Calibán! Noche y día. Y si canta, es:

Ouendé, Ouendé, Ouendé Macaya...

¡Y ninguna buena moza para consolarle!

Viendo llegar a Miranda.

¡Veamos, veamos! ¡Ecuchemos esto!

FERDINAND (*cantando*) —

*Pero la vida ha cambiado
ahora azada en mano
todo el día trabajo...*

MIRANDA — ¡Pobre muchacho! ¿Puedo ayudarte?
¡Pareces tan poco hecho a esa clase de trabajo!

FERDINAND — Una palabra tuya me ayudaría más
que cualquier fuerza del mundo.

MIRANDA — ¿Mía? ¿Una palabra? En verdad, no
sé si...

FERDINAND — Tu nombre. ¡Nada más que tu
nombre!

MIRANDA — ¡Oh! ¡Eso es imposible! ¡Padre me lo
ha prohibido expresamente!

FERDINAND — Es el único favor por el cual
suspiro.

MIRANDA — ¡Si te digo que está prohibido!

CALIBÁN (*aprovechando un momento de distrac-
ción de Miranda, sopla a Ferdinand el nombre
de la chica.*) — ¡Mi-ran-da!

FERDINAND — Entonces, te nombro y te bautizo.
Te llamaré Miranda.

MIRANDA — ¡Vaya! ¡El muy tramposo! Habrás
oído a padre llamarme... ¡A menos que no sea
el horrible Calibán, que me persigue con asi-
duidades y voca mi nombre en sus estúp-
idos sueños!

FERDINAND — No, Miranda... No he hecho más
que dejar hablar mis ojos, como tú, tu rostro.

MIRANDA — ¡Cht! ¡Que viene mi padre! No con-
viene que te sorprenda contándome historias...

FERDINAND (*se pone de nuevo al trabajo cantando*)

*¡Pero los tiempos han cambiado,
ahora mañana y tarde
trabajando paso mi tiempo melancólico!*

PRÓSPERO — ¡Está bien, joven! El rendimiento no
es malo para un comienzo. Veo que te había
juzgado mal. Pero nada pierdes sirviéndome

bien. Mira, joven amigo, en la vida, tres cosas:
Trabajo, Paciencia, Continencia, y el mundo
es tuyo... Oye, Calibán, me llevo al chico. Ha
hecho bastante por hoy. Como el trabajo es
urgente, procura terminarlo.

CALIBÁN — ¿Yo?

PRÓSPERO — ¡Sí! ¡Tú! Me has robado lo suficien-
te de tu tiempo, pereciendo y tonteando, para
que por una vez tengas doble ración.

CALIBÁN — ¡No veo a santo de qué iba a hacer el
trabajo de otro!

PRÓSPERO — ¿Quién manda aquí? ¿Tú o yo? Mons-
truo que no levanta una paja del suelo, cuen-
ta conmigo para hacerte agachar.

Próspero y Ferdinand se alejan.

CALIBÁN — Anda, anda... Ya me las pagarás,
¡basura!

Vuelve al trabajo cantando.

Oundé, oundé, oundé Macaya...

¡Mierda, ahora llueve! ¡No faltaba más que
esto!

Bruscamente, una voz, Calibán se sobresalta.

La oyes, hijito, esa voz a través de la tormen-
ta... ¡Bah! Es Ariel... No, no es su voz... ¿En-
tonces qué? Hay que esperarlo todo de un atre-
vido como Próspero... ¡Uno de sus sabuesos,
sin duda! ¡Está bien! ¡Estoy bueno! Hombres
y elementos contra mí! Pero ¡bah! Estoy acos-
tumbrado... ¡Paciencia! Ya les arreglaré las
cuentas. Mientras tanto, escondámonos... Deje-
mos pasar a Próspero, su tormenta, sus sabue-
sos, y ladrar los siete hocicos de la Maldición.

ESCENA 2

Entra Trínculo.

TRÍNCULO (*cantando*)

*Virginia, con lágrimas en los ojos
Vengo a decirte adiós.
Partimos para México
Vamos derechos al poniente.*

*Vela al viento, querido amante,
esto me causa tormento.
Tendremos alguna tempestad
Y rugirá alguna tormenta
¡Que se llevará todo el equipaje!*

Eso, sí, es verdad: Mi querida Virginia, a fe de Trínculo, en cuestión de rugientes tormentas, hemos estado servidos y más a menudo de lo corriente! Te lo juro: Todo el equipaje perdido, limpio, liquidado... Nada... Menos que nada... ¡Nada más que un pobre Trínculo errante y plañidero! No es por decir, pero no me cogarán de nuevo haciéndome dejar mujeres amorosas y lugares encantadores para arros-trar tormentas desencadenadas! ¡Qué lluvia! (*Descubriendo a Calibán bajo el volquete.*) ¡Mira, un Indio! ¿Muerto o vivo? Con estas razas tan poco sinceras nunca se sabe... ¡Bah! De todos modos ¡me conviene! Si muerto me arropo con sus harapos, me hago un abrigo, un cobijo, un parapeto. Si vivo, lo hago prisionero y me lo llevo a Europa, y allí, palabra,

hago fortuna. Lo vendo a un feriante. ¡No! ¡Yo mismo lo exhibo en las ferias! ¡Caray, qué suerte! ¡Instalémonos cómodamente y dejemos pasar la tormenta!

Se instala bajo la manta, espalda contra espalda de Calibán. Entra Stéphano.

STÉPHANO (*cantando*) —

*Valor, mozos, chigre y cabrestante,
valor, mozos, adiós Burdeos.
En el Cabo de Hornos, no hará calor,
Para la pesca del cachalote.
Más de uno dejará su piel,
adiós miseria, adiós barco,
los que regresen pabellón alto,
son los jóvenes vástagos de marinero.*

Bebe un trago y vuelve a cantar.

*Valor, mozos, chigre y cabrestante
valor, mozos, adiós Burdeos...*

De Burdeos, afortunadamente, me queda un recuerdo dentro de esta botella... Lo suficiente para darme ánimos. ¡Confianza Stéphano! Mientras hay vida hay sed... ¡Y recíprocamente!

De pronto descubre la cabeza de Calibán que sobresale de la manta.

A fe de Stéphano, ¡diríase un indio! Aproximándose. Palabra, eso es. ¡Un indio! ¡Vaya suerte! Decididamente he nacido de pie. ¡Me-

nuda, un indio así, esto es parné! ¡Exhibido en una feria! Entre la mujer barbuda y el domador de pulgas, ¡un indio! ¡Un auténtico indio del Caribe! Esto son cuartos, lo digo yo, o soy el último de los cornudos.

Palpando a Calibán.

¡Pero si está frío! No sé la temperatura de la sangre india, pero éste me parece demasiado frío! ¡Con tal que no la palme! ¡Os dais cuenta de la mala pata: encontrar un indio y que la palme! Una fortuna que se escapa entre los dedos... Pero tengo una idea... Un latigazo de este cordial entre las encías... Le calentará. (*Hace beber a Calibán.*) Vamos. Esto va mejor. Se diría incluso que quiere más, el pequeño glotón. ¡Un segundo! ¡Un segundo!

Da una vuelta alrededor del volquete y descubre la cabeza de Trínculo que sobresale de la manta.

¡Vaya! ¡No tendré musarañas! ¡Dos cataduras! ¡Un indio con dos caras! ¡Mierda! De abrevar estos dos embudos poco va a quedar en mi botella. ¡Pero no importa! ¡No importa! ¡Es formidable! Un indio simple ya es algo, pero un indio con dos cabezas, un indio hermano siamés, un indio con dos jetas y ocho patas ¡carajo! ¡He hecho fortuna! ¡Vamos, hermoso monstruo, tiéndeme tu segunda cara!

Se aproxima a Trínculo.

¡Vaya, vaya! ¡Esta jeta me dice algo! Esta nariz que reluce como un faro...

TRÍNCULO — Este vientre...

STÉPHANO — Esta nariz me es conocida.

TRÍNCULO — Este vientre, no hay otro semejante en el cochino mundo.

STÉPHANO — ¡Me cago en los demonios putos! ¡Ya está! Es el muy crápula de Trínculo.

TRÍNCULO — Palabra, es ¡Stéphano!

STÉPHANO — ¡Y pues, Trínculo! también tú te has salvado... Hemos de creer que existe un buen Dios para los borrachos.

TRÍNCULO — ¡Claro que sí! Es el Dios Tonel... Flotando sobre un tonel he abordado esta tierra hospitalaria.

STÉPHANO — Yo sobre mi vientre, es casi lo mismo. Pero ¿quién es este ser? ¿No es un indio?

TRÍNCULO — Exactamente lo que yo me decía... Sí, un indio. Es una suerte, nos guiará.

STÉPHANO — ¡No parece tonto a juzgar por sus tragaderas! Voy a tratar de civilizarlo... ¡Oh! ¡No demasiado! Pero lo suficiente para que podamos sacar partido.

TRÍNCULO — ¡Civilizarlo! ¡Ahí es nada! Para empezar ¿acaso habla?

STÉPHANO — No he conseguido sacarle una palabra, pero conozco el medio para soltarle la lengua.

Saca una botella de su bolsillo.

TRÍNCULO (*deteniéndole*) — ¡Oye, tú, no vas a malgastar esta ambrosía en la garganta del primer salvaje venido!

STÉPHANO — ¡Va, egoísta!... Déjame cumplir mi cometido civilizador. (*Ofreciendo de beber a Calibán.*) Fíjate, un poco desbastado, sus relaciones contigo y conmigo serán mejores. ¿De

acuerdo? ¿Lo explotamos en común? ¿Trato hecho?

A Calibán.

... Bebe, macho. Tú probar... ¡Buen vinín!

Calibán bebe.

Tú beber otro trago...

Calibán rehúsa.

¿Tú no más sed?

Stéphano bebe.

... ¡Yo siempre sed!

Stéphano y Trínculo beben.

STÉPHANO — Trínculo, tenía ciertos prejuicios contra los naufragios. Estaba equivocado. No es cosa mala en absoluto.

TRÍNCULO — Cierto. Un remojoncito que, a la hora del almuerzo, hace más apetecible el aperitivo.

STÉPHANO — ¡Sin contar que nos libra de un millón de buscarridos que no dejan vivir en paz a la pobre gente! ¡Paz a sus almas! ¿Pero a tí te gustaban esos Reyes, esos Duques, esa nobleza? Yo los servía, toma, hay que ganarse el vino... Pero nunca, me entiendes bien, los he podido ver. Trínculo, amigo mío, ¡soy un viejo republicano! Sí, no es por decir, tengo las tripas republicanas. ¡Abajo los tiranos!

TRÍNCULO — Ahora que pienso: sí, como todo lo

hace suponer, el Rey y el Duque han muerto, sobre esta tierra hay una corona y un trono vacantes.

STÉPHANO — ¡Coño, es verdad! ¡Genial Trínculo! Pues bien, me hago el heredero. Me coronó rey de la isla.

TRÍNCULO — ¡Psa! ¿Por qué tú? Yo he pensado primero en esa corona.

STÉPHANO — ¡Oye Trínculo! ¡No jodas! ¡No te has mirado! ¿Qué necesita un rey? Prestancia. Y yo, no es por decir, tengo prestancia. Lo que no es el caso de otros ¡De modo que soy el rey!

CALIBÁN — ¡Viva el Rey!

STÉPHANO — ¡Milagro! ¡Habla!... ¡Palabras de oro! ¡Buen salvaje! (*Le besa.*) Ves, querido Trínculo, es la voz del pueblo! Vox populi, vox Dei... Pero, por favor, no te desesperes. Stéphane es magnánimo y no abandonará al amigo Trínculo, el amigo de los días malos. Trínculo, juntos hemos comido el pan seco, bebido el peleón. Quiero hacer algo por ti. Te nombro Mariscal. Mandarás mi guardia personal. Pero volvamos a nuestro buen salvaje... ¡Milagro de la Ciencia! ¡Habla!

CALIBÁN — Sí, Monseñor, ¡el entusiasmo me ha devuelto la palabra! ¡Viva el Rey! ¡Pero cuidado con el usurpador!

STÉPHANO — ¿El usurpador? ¿Quién? ¿Trínculo?

CALIBÁN — No, el otro, ¡Próspero!

STÉPHANO — ¿Próspero? No conozco.

CALIBÁN — Pues bien, resulta que esta isla me pertenecía, pero cierto Próspero me la ha tomado. Te cedo de buen grado mis derechos... Solamente, habrá que presentar batalla a Próspero.

STÉPHANO — Que no quede por eso, buen monstruo. ¡Trato hecho! Con dos cantarazos te quito de en medio a ese Próspero.

CALIBÁN — ¡Cuidado! Es poderoso.

STÉPHANO — Mi querido salvaje, Prósperos así me como una docena al día para el desayuno. ¡No hablemos más! ¡Trínculo, toma el mando de las tropas! ¡Marchemos al encuentro del enemigo!

TRÍNCULO — Sí, adelante. Pero antes, bebamos. Necesitaremos fuerza y entusiasmo.

CALIBÁN — Bebamos, nuevos amigos, y cantemos. Cantemos el día conquistado y el fin de los tiranos.

Canta.

*Negro pecoreador de la sabana
el quiscal recorre el nuevo día
fuerte y vivaracho
en su altiva armadura.
¡Zip! El incisivo colibrí
se regocija en el fondo de una corola.
Si será loco, si estará borracho
lira bogando nuestros delirios
¡la libertad ohé! ¡La libertad!*

STÉPHANO y TRÍNCULO (a coro) —

¡La Libertad Ohé! ¡La Libertad!

CALIBÁN —

*Zorito descansa en este bosque
Errante de las islas es aquí el reposo
La culebra es puro pillaje
Sangre violenta de la baya madura*

*de sangre ensucia tu plumaje
¡viajero!
En la espalda de los días aspeados
que se oiga
¡la Libertad ohé! ¡La Libertad!*

STÉPHANO — ¡Ya basta, monstruo! Basta de gorgoritos. Cantar da sed. Mejor bebamos. ¡Más y más! La bebida trae bravura. (*Vertiéndose un trago.*) Haznos el camino ancho, oh generoso vino. ¡Soldados! ¡Adelante marchen!... ¡O mejor no! ¡Descansen! Cae la noche, las luciérnagas se ponen a zigzaguear, los saltamontes a hi-hipar, los animales todos, pi-co-co-tean... Ya que noche tenemos, consagrémosla a reparar nuestras fuerzas algo mermadas por las copiosas... emociones de la jornada, y mañana, al amanecer, con rejuvenecida pantorri-lla, caeremos sobre el pellejo del tirano. Buenas noches, señores.

Se duerme y se pone a roncar.

ESCENA 3

La gruta de Próspero.

PRÓSPERO — ¡Y pues, Ariel! ¿Dónde están los dioses y las diosas? ¡Que se apresuren! ¡Sí, toda la banda, además! Quiero que todos tengan su papel en la diversión que he pensado para nuestros queridos hijos. ¿Qué digo «diversión»? ¿Quiero darles desde hoy, inculcarles el

espectáculo del mundo de mañana: de razonamiento, de belleza, de armonía, cuyos fundamentos he creado a fuerza de voluntad. A mi edad, por desgracia, no hay que soñar con hacer, sino con transmitir: ¡Vamos, entrad!

Entran dioses y diosas.

JUNO — ¡A ti honor y riqueza! ¡Larga vida y larga descendencia! De este modo te canta Juno sus bendiciones.

CERES — ¡Que la maledicencia y la necesidad se aparten de ti! Este es el deseo de Ceres.

IRIS (*haciendo una señal a las náyades*) — Náyades, venid aquí a celebrar una unión de amor puro.

Las náyades entran y bailan.

PRÓSPERO — Gracias, diosas, y gracias a ti, Iris. Gracias por vuestros buenos deseos.

Dioses y diosas continúan su ballet.

FERDINAND — ¡Qué majestuosa visión! ¡Me atrevería a creer que son espíritus!

PRÓSPERO — ¡Sí! ¡Espíritus que con mis artes he hecho salir de sus refugios para saludarte y bendecirte!

Entra Eshú.

MIRANDA — ¿Y quién es ése? ¡No tienen un aspecto especialmente beatífico! Si no temiera blasfemar diría que tiene más de diablo que de dios.

ESHÚ (*riendo*) — Y no te equivocas, linda doncella. ¡Dios para los amigos, diablo para los enemigos! ¡Y motivo de diversión para todos!

PRÓSPERO (*por lo bajo*) — Ariel se habrá equivocado. ¿Habrá algo que falla en mi magia? (*En voz alta.*) ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Quién te ha invitado? ¡No me gustan las confianzas! ¡Incluso de los dioses!

ESHÚ — La cosa es que nadie me ha invitado... ¡Eso no es muy amable! ¡Nadie se ha acordado del pobre Eshú! ¡Y entonces el pobre Eshú ha venido a pesar de todo! ¡Hihihi! Dime ¿se puede beber un trago?

Sin esperar respuesta se sirve de beber.

... ¡Nada mala tu bebida! Pero, fíjate, ¡prefiero los perros! (*Mirando a Iris.*) Veo que sorprendo a la damita, pero contra gustos... Otros prefieren las gallinas, otros las cabras. A mí, ¡las aves, no me van! ¡Pero si tenéis un perro negro, pensad en el pobre Eshú!

PRÓSPERO — ¡Vete! ¡Retírate! Están de más tus muecas y tus payasadas en esta noble asamblea.

Hace un pase mágico.

ESHÚ — Ya me voy, patrón, ya me voy... Pero no sin haber cantado antes la cancioncilla en honor de la novia y de la noble compañía, como tú dices.

*Eshú hace juegos de manos
sacrificad a Eshú veinte perros
para que no os juegue una mala pasada.*

*Eshú hace un truco a la Reina,
Su Majestad pierde la cabeza, se levanta
y sale desnuda a la calle.*

*Eshú hace un truco a la novia
y hete aquí que el día de la boda
se equivoca de cama y se encuentra
jen la cama de un hombre que no es el novio!
¡Eshú! La piedra que tiró ayer
hoy mata al pájaro.*

*Del desorden hace orden, del orden desorden,
¡Ah! Eshú es un travieso bromista.*

*Eshú no tiene la cabeza hecha para llevar peso
es un bribón de cabeza puntiaguda, cuando baila
baila sin mover los hombros.*

¡Ah! Eshú es un alegre enredón.

*Eshú es un alegre enredón,
con su pene llama,*

Llama

Llama...

CERES — Dime Iris, ¿no encuentras obscena esta
canción?

JUNO — ¡Asqueroso! Es intolerable... ¡Si conti-
núa me voy!

IRIS — ¡Es Liberto o Priapo!

JUNO — ¡No pronuncies ese nombre delante
de mí!

ESHÚ (*continúa cantando*) —

... Con su pene

Llama...

JUNO — ¡Ya basta! ¿Van a echarle? ¡Yo me
retiro!

ESHÚ — Está bien, está bien... Eshú se va...

¡Adiós, queridas comadres!

Los dioses salen.

PRÓSPERO — ¡Uf! ¡Al fin se ha ido! ¡Pero el daño
está hecho! Estoy atormentado. Mi viejo ce-
rebro se turba. ¡Potencia! ¡Potencia! ¡Ay! Todo
pasará como la espuma, la nube, como el mun-
do Y además ¡qué es la potencia si no puedo
dominar mi inquietud! ¡Vamos! ¡Mi potencia
en frío!

Llama.

¡Ariel!

ARIEL (*acudiendo*) — ¿Qué hay mi señor?

PRÓSPERO — Calibán vive, conspira, dirige su gue-
rrilla y tú, tú te callas... Vamos, ocúpate de
él... Víboras, escorpiones, erizos, animales to-
dos de aguijón y veneno, no le ahorres nada.
¡Merece un castigo ejemplar! ¡Y no olvides el
barro y los mosquitos!

ARIEL — Amo, permíteme interceder en su favor
y pedir tu indulgencia... Hay que comprender-
le: es un rebelde.

PRÓSPERO — Con su insubordinación pone en pe-
ligro el orden del mundo. ¡La Divinidad puede
cerrar los ojos! ¡Yo tengo el sentido de mis
responsabilidades!

ARIEL — Bien, amo.

PRÓSPERO — Tengo una idea... Dispón sobre la
ruta que han tomado el general Calibán y su
tropa, algunos abalorios, pacotilla, ropas tam-
bién, pero chillonas. Los salvajes se mueren
por los colorines.

ARIEL — Amo...

PRÓSPERO — Terminarás por hacerme enfadar...
No hay que comprender nada. Hay que casti-

gar. No hago componendas con el mal. Date prisa si no quieres, tú también, merecer mi enojo.

Sale Ariel.

ESCENA 4

En plena naturaleza, fin de la noche; los espíritus del bosque tropical zumbantes.

LA VOZ — ¡Moscá!

UNA VOZ — Presente.

LA VOZ — ¡Hormiga!

UNA VOZ — Presente.

LA VOZ — ¡Carroñoso!

UNA VOZ — Presente.

LA VOZ — ¡Cangrejo, Cálao, Colibrí!

VOCES DIVERSAS — Presente. Presente. Presente.

LA VOZ — ¡Calambre, crimen, colmillo, zarigüeya!

VOZ — Cra cra cra.

LA VOZ — Gran erizo, hoy nos harás de sol. Hirsuto, con garras, tozudo. ¡Que abrase! Luna, gorda migala, gorda gataza soñolienta, ¡ve a acostarte, corazón!

LAS VOCES (*cantando*) —

Kingué

Kingué

Vonvon

Maloto

Vloum-voum!

El sol se levanta, la banda de Ariel se esfuma.

Calibán permanece un momento frotándose los ojos.

CALIBÁN (*se levanta y busca entre los matorrales*) — Hay que tomar de nuevo la ruta. ¡Atrás, víboras, escorpiones y erizos! ¡Los animales picantes, mordientes y perforantes! ¡De aguijón! ¡De fiebre! ¡De veneno! ¡Atrás! O, si insistís, en lamerme, hacedlo con lengua favorable, como el sapo cuya pura baba sabe acunarme, propicia, con los encantadores sueños del futuro. Ya que es por vosotros todos, por todos nosotros, que hoy afronto el enemigo común. Sí, hereditario y común... ¡Mira, un erizo! Dulce pequeño... Que un animal, si puedo decir, natural, se ponga contra mí el día que voy al asalto de Próspero, no es normal. Próspero es la anti-Natura. Yo me digo: ¡Abajo la anti-Natura! Ved, ¿se eriza a esas palabras nuestro erizo? No, esconde sus pinchos! ¡Esto es la Natura! ¡Es buena, en suma! ¡Falta saberle hablar! Vamos, el camino está libre: ¡en marcha!

El grupo se pone en marcha. Calibán avanza entonando su canción de guerra.

¡Shangó sabe manejar el bastón!

¡Golpea y el dinero muere!

¡Golpea y la mentira muere!

¡Golpea y el latrocinio muere!

¡Shangó Shangó ho!

Shangó es amotinador de lluvias

Pasa bien arropado en su abrigo de fuego.

De las losas del cielo el casco de su caballo arranca relámpagos de fuego.

Shangó es un gran jinete
¡Shangó Shangó oh!

Se oye el rugir del mar

STÉPHANO — Dime buen salvaje ¿qué es este ruido? Se diría el gruñido de una bestia acosada.

CALIBÁN — No acosada, agazapada... No te inquietes, es mi amiga.

STÉPHANO — Pareces muy discreto sobre tus frecuentaciones.

CALIBÁN — Incluso me ayuda a respirar... Por eso la llamo amiga. De vez en cuando estornuda, una gota salpica mi frente y me refresca con su sal o me bendice...

STÉPHANO — No comprendo. ¿No estarás borracho?

CALIBÁN — ¡Vaya! La encrespada, la no tan paciente, la rumiadora, que bruscamente se despierta con un trueno de Dios y te da en la cara, lanzando de los últimos fondos del abismo, su bofetón de espuma histórica! ¡La mar vamos!

STÉPHANO — ¡Extraño país! ¡Extraño bautismo!

CALIBÁN — Pero lo más hermoso, es el viento y sus canciones, el hipo salaz cuando revuelve los jarales, o su triunfo cuando pasa, segando los árboles, prendidas en su barba, las migajas de sus lamentos.

STÉPHANO — ¡Bueno! Este monstruo delira a todo gas... Trínculo, no hay suerte, a nuestro monstruo le falta un tornillo

TRÍNCULO — También a mí me falta, ¡por desgracia! Resultado: ¡estoy roto! ¡Nunca he visto un terreno tan resbaladizo! Salvaje, puede decirse que en tus tierras hay barro.

CALIBÁN — No es barro... Es una invención de Próspero.

TRÍNCULO — Esto es el salvajismo... ¡Todo es siempre debido a alguien! El sol, es la sonrisa de Próspero. La lluvia es la lágrima del ojo de Próspero... El barro, apuesto a que es la mierda de Próspero. ¿Y los mosquitos, qué dices? Zzz... Zz... ¿Los oyes? Me han devorado la cara.

CALIBÁN — No son los mosquitos. Es un gas que hace que pique la nariz, la garganta, y da pruritos. Otra invención de Próspero. Forma parte de su arsenal.

STÉPHANO — ¿Cómo dices?

CALIBÁN — ¡Pues eso! Su arsenal anti-motines... Tiene un montón de trucos así: para ensordecer, para cegar, para hacer estornudar, para hacer llorar...

TRÍNCULO — ...¡Para hacer resbalar! ¡Carajo! ¡En qué aventura nos has metido! ¡Uf! ¡No puedo más! ¡Me siento!

STÉPHANO — Por favor, Trínculo, ¡ánimo qué coño! Estamos en una guerra de movimiento y ya sabes en qué consiste: dinamismo, iniciativa, decisión pronta ante nuevas situaciones, y por encima de todo, movilidad. ¡Vamos! ¡Arriba! ¡Movilidad!

TRÍNCULO — ¡Si te digo que tengo los pies ensangrentados!

STÉPHANO — ¡Arriba o te apaleo! (*Trínculo vuelve a ponerse en marcha.*) Pero dime, buen monstruo, tu usurpador parece extrañamente protegido. ¡Puede resultar peligroso atacarle!

CALIBÁN — No hay que menospreciarle. Tampoco valorarle demasiado... Despliega sus fuerzas, sobre todo para impresionarnos.

STÉPHANO — No importa, Trínculo, debemos to-

mar precauciones. Axioma: No hay enemigo pequeño. Bueno, pásame la botella. Siempre me servirá de rompecabezas.

Se ven ropas de todos los colores, colgadas de una cuerda.

TRÍNCULO — Tienes razón, Stéphano. Combatamos... Al final de la victoria está el botín... ¡He aquí las primicias! ¡Los hermosos trajes que vemos! Trínculo, amigo, tengo la impresión de que vas a enfilar esos pantalones que reemplazarán ventajosamente los agujereados que llevas.

STÉPHANO — ¡Cuidado, Trínculo!, si te mueves te apalco. Sobre esos pantalones, en calidad de rey, tengo derecho de pernada.

TRÍNCULO — ¡Pero si yo los he visto primero!

STÉPHANO — En cualquier país del mundo, el rey es el primero en servirse.

TRÍNCULO — Eso se llama tiranía, Stéphano. No transijo.

Se pelean.

CALIBÁN — Deja eso, imbécil. ¡Te hablo de dignidad a conquistar, no de ropas a llevarse! (*A él mismo.*) ¡Cargar con estos bribones! ¡Soy imbécil! ¡Cómo he podido creer que con vientres y borrachos puede hacerse la Revolución! ¡Pero mejor así! La Historia no podrá reprocharme el hecho de no haberme podido liberar por mí mismo. ¡Próspero, a ver quién gana!

Se precipita, arma en mano, sobre Próspero que acaba de aparecer.

PRÓSPERO (*sacando el pecho*) — ¡Mata, mata de una vez! ¡Tu Amo! ¡Tu bienhechor! ¡No vas a respetarle! (*Calibán levanta el brazo, pero titubea.*) ¡Vamos! ¡No te atreves! Ya lo ves, no eres más que un animal: no sabes matar.

CALIBÁN — Entonces, ¡defiéndete! No soy un asesino.

PRÓSPERO (*muy tranquilo*) — Peor para ti. Has dejado perder tu oportunidad. ¡Estúpido como un esclavo! ¡Y ahora se acabo la comedia! (*Llama.*) ¡Ariel! (*A Ariel.*) Ariel, ocúpate de los prisioneros.

Calibán, Trínculo y Stéphano son hechos prisioneros.

ESCENA 5

Gruta de Próspero. Miranda y Ferdinand juegan al ajedrez.

MIRANDA — ¡Haces trampas, señor mío!

FERDINAND — ¿Si te dijera que ni por veinte reinos las haría?

MIRANDA — No creería ni una palabra, pero te perdonaría... Di la verdad: ¡has hecho trampas!

FERDINAND — Me alegro de que te hayas dado cuenta. (*Riendo.*) Esto me tranquiliza, en parte, ante el hecho de que pronto pasarás de tu inocente reino de flores a mí no tan inocente reino de hombres.

MIRANDA — ¿Sabes? Agarrada a tu estrella, mi

señor... ¡Me atrevería a afrontar los demonios del infierno!

Entran los señores.

ALONSO — ¡Hijo mío! ¡Esta boda! ¡Estoy mudo de sorpresa! ¡De sorpresa y de alegría!

GONZALO — ¡Feliz conclusión de un feliz naufragio!

ALONSO — Naufragio único, en efecto, ya que puede legítimamente calificarse de feliz.

GONZALO — ¡Mírenles! ¡No es hermoso! Si no estuviera llorando por dentro ya habría tomado, exteriormente, la palabra, para decir sucintamente a estos chiquillos la felicidad que experimenta mi viejo corazón al verlos tan enamorados y alimentando el uno para el otro tan buenos sentimientos.

ALONSO (*A Ferdinand y Miranda*) — Hijos míos, dadme vuestras manos. Que el Señor os bendiga.

GONZALO — Así sea. Amén.

Entra Próspero.

PRÓSPERO — Gracias a vosotros, señores, por haber querido asistir a esta pequeña fiesta familiar. Vuestra presencia nos ha traído consuelo y alegría. Pero convendría pensar en el descanso. Mañana por la mañana encontraréis vuestros buques —que están intactos— y vuestros hombres, que, os lo puedo asegurar, están sanos y salvos. Regreso con vosotros a Europa y os prometo (nos prometo debería decir) una travesía rápida y vientos favorables.

GONZALO — ¡Viva Dios! Estamos maravillados,

Señor, maravillados y colmados. ¡Oh día memorable! En un solo viaje Antonio vuelve a encontrar a su hermano, su hermano un duca, la hija de éste (no del ducado, la hija del hermano) un marido. Alonso vuelve a encontrar a su hijo y además una hija... ¿Y qué más todavía? En una palabra: tan sólo yo, en estas palabras y por culpa de la emoción, me encuentro perdido...

PRÓSPERO — La prueba, excelente Gonzalo, es que te olvidas de alguien, de Ariel, mi leal servidor. (*Volviéndose a Ariel.*) Sí, Ariel. ¡Tú, en el día de hoy, vuelves a encontrar tu libertad! ¡Ve, polluelo mío! ¡Deseo que no te aburras demasiado!

ARIEL —

¡Aburrirme! ¡Me temo que los días van a parecerme cortos!

Allí donde los cécropes enguantan de plata
[la impaciencia

de sus manos

Allí donde los helechos liberan con un grito
[verde

el negro tocón tozudo de su cuerpo escarifi-
[cado

Allí donde la baya embriagadora madura la
[escala

de la paloma torcaz

en el cuello de pájaro músico

dejaré caer una a una

a cual más delectable

cuatro notas tan dulces que la última

levantará ampollas

en el corazón de los más olvidadizos esclavos

¡Nostalgia de libertad!

PRÓSPERO — ¡Ojo! ¡No vayas a incendiar el mundo con tu música!

ARIEL (*como embriagado*) —

O bien en la sabana pedregosa
seré, posado en el tallo del maguey,
el tordo que lanza al demasiado paciente al-
[deano

su grito burlón:

«¡Trabaja, negro! ¡Trabaja, negro!»

y el maguey aligerado

se erguirá cuando yo levante el vuelo

¡como una hierática bandera!

PRÓSPERO — ¡Un programa muy inquietante! ¡Vamos! ¡Márchate antes de que me arrepienta!

Entran Stéphano, Trínculo, Calibán.

GONZALO — ¡Señor, he aquí tus gentes!

PRÓSPERO — ¡Oh! ¡No! ¡No todos! Toma tu parte.

ALONSO — Es cierto. Se trata del bribón de Trínculo y del inefable Stéphano.

STÉPHANO — Los mismos, Señor, los mismos.

Nos echamos a vuestros pies misericordiosos.

ALONSO — ¿Dónde os habías metido?

STÉPHANO — Monseñor, nos paseábamos por el bosque, no, por la sabana, cuando avistamos unas ropas en buen uso que se agitaban al viento. Creímos deber recogerlas y llevarlas a su legítimo propietario, cuando nos ocurrió algo atroz...

TRÍNCULO — Sí, nos tomaron por ladrones y nos trataron como a tales.

STÉPHANO — Sí, Monseñor, es la cosa más horrible que pueda ocurrir a las gentes honradas: ¡víctimas de un error judicial!

PRÓSPERO — ¡Está bien! Hoy es día de bondad, y

de nada servirían las razones en el estado en que estáis... Retiraos... Id a dormir el vino, borrachos. Mañana aparejamos.

TRÍNCULO — ¡Aparejar! ¡Pero si no hacemos más que eso, Stéphano y yo, Monseñor, aparejar! Hemos soplado de la mañana a la noche. ¡Lo más difícil es abordar!

PRÓSPERO — ¡Insensatos! ¡Ojalá un día seáis capaces de abordar, en vuestra navegación terrestre, en Temperancia y Sobriedad.

ALONSO (*señalando a Calibán*) — ¡Es el ser más extraño que he visto en mi vida!

PRÓSPERO — ¡Y el más diabólico también!

GONZALO — ¿Qué oigo? ¡Diabólico! ¡Le has reprendido... sermoneado... instado y requerido y dices que permanece irreductible!

PRÓSPERO — Así es, Gonzalo.

GONZALO — Pues entonces (perdóname, consejero, de aconsejar) cree en mi vieja experiencia, hay que exorcizarle... «Sal espíritu inmundo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Ya ves si es fácil.

Calibán se echa a reír.

GONZALO — Palabra, tienes toda la razón... Más aún... No sólo es un rebelde. Es un ser duro. (*A Calibán.*) Amigo mío, ¡peor para ti! He procurado salvarte; renuncio. ¡Te abandono al brazo secular!

PRÓSPERO — Acércate, Calibán. ¿Qué dices en tu defensa? Aprovecha mis buenas disposiciones. Hoy me encuentro en vena de perdón.

CALIBÁN — No pienso defenderme. Lamento, eso sí, haber fracasado.

PRÓSPERO — ¿Qué esperabas?

CALIBÁN — Tomar de nuevo mi isla y reconquistar mi libertad.

PRÓSPERO — ¿Y qué harías, solo, en esta isla frecuentada por el diablo y batida por la tempestad?

CALIBÁN — Lo primero, desembarazarme de ti... Vomitarte. ¡Tú, tus pompas y tus obras! ¡Tu blanca toxina!

PRÓSPERO — En cuanto a programa, es algo negativo...

CALIBÁN — No caes: digo que eres vomitable, y eso es muy positivo.

PRÓSPERO — Decididamente esto es el mundo al revés. Lo habremos visto todo: ¡Calibán dialéctico! Pero en el fondo, Calibán, te aprecio... Vamos, hagamos las paces... ¡Hemos vivido diez años juntos y trabajado codo a codo diez años! ¡Diez años cuentan! ¡Hemos terminado por ser compatriotas!

CALIBÁN — La paz no me interesa, bien lo sabes. Es ser libre. ¡Libre, me entiendes!

PRÓSPERO — ¡Es extraño! ¡Por mucho que te empeñes no conseguirás hacerme creer que soy un tirano!

CALIBÁN —
Es necesario que comprendas, Próspero:
durante años he agachado la cabeza,
durante años he aceptado
he aceptado todo:
tus insultos, tu ingratitud
peor todavía, más degradante que el resto,
tu condescendencia.
¡Pero ahora se acabó!
Se acabó ¡me entiendes!
Sin duda, por el momento eres aún
el más fuerte.

Pero de tu fuerza me río,
como también de tus perros,
¡de tu policía, de tus inventos!
¿Y sabes por qué me río?
¿Quieres saberlo?

Porque sé que me las pagarás.
¡Empalado! ¡Con el palo que
tú mismo has afilado!
¡Empalado a ti mismo!
Próspero eres un gran ilusionista:
la mentira es lo tuyo.
Y me has mentado tanto
mentado sobre el mundo, mentado sobre mí
[mismo,

que has conseguido imponerme
una imagen de mí mismo:
Un sub-desarrollado,
un in-capaz,
así has hecho que me viera,
y esa imagen, ¡la odio! ¡Es falsa!
Pero ahora te conozco, viejo cáncer,
y me conozco.

Y sé que un día
mi puño desnudo, sólo mi puño desnudo
¡basta para aplastar tu mundo!
¡El viejo mundo de mierda!

¿Que no es verdad? ¡Mira!
Tú mismo, ¡te jodes!
A propósito, tienes la ocasión de acabar:
Puedes largarte.
Puedes volver a Europa.
¡Pero te importa una higa!
¡Estoy seguro de que no te irás!
Me da risa tu «misión»

tu «vocación».

¡Tu vocación es jodermel!

Por eso te quedarás.

Igual que esos botarates que han vivido en las
[colonias

y ya no pueden vivir en otro sitio.

Un viejo intoxicado, ¡eso es lo que eres!

PRÓSPERO — ¡Pobre Calibán! ¡Sabes que corres a
tu perdición! ¡Que vas al suicidio! ¡Que siem-
pre seré el más fuerte y cada vez más fuerte!
¡Te compadezco!

CALIBÁN — ¡Yo te odio!

PRÓSPERO — ¡Ten cuidado! ¡Mi bondad tiene lí-
mites!

CALIBÁN (*declamando*) —

¡Shangó pisa fuerte

a lo largo de los soportales del cielo!

Shangó es un zaleador de fuego

cada uno de sus pasos conmueve el cielo
conmueve la tierra.

¡Shangó Shangó ho!

PRÓSPERO —

He desarraigado el roble, agitado el mar

quebrantado la montaña, y sacando

el pecho contra la suerte adversa

he contestado a Júpiter rayo con rayo.

¡Más aún! Del bruto, del monstruo, ¡he hecho
al hombre!

Pero ¡lástima!

de haber fracasado al pretender hallar el
camino

del corazón del hombre, si a eso puede llamar-
se hombre.

(*A Calibán.*)

Pues bien, ¡también yo te odio!

Pues eres el que, por

primera vez, me ha hecho

dudar de mí mismo.

(*Dirigiéndose a los señores.*)

... Aproximaos, amigos: voy a despedirme de
vosotros. No me marchó. Mi destino está aquí:
no lo rehuiré.

ANTONIO — ¡Por qué, señor!

PRÓSPERO —

Compréndeme bien.

No soy, en el sentido vulgar del término,

el amo, como cree este salvaje,

sino el director de orquesta de una larga par-
titura:

esta isla

suscitando las voces, yo solo

y a voluntad, encadenándolas,

organizando fuera de la confusión

la única línea inteligible.

Sin mí ¿quién podría sacar música
a todo esto?

Sin mí esta isla es muda.

Aquí, pues, mi deber.

Me quedaré.

GONZALO — ¡Oh jornada, hasta el final fértil en
milagros!

PRÓSPERO — No os aflijáis. Antonio, guarda la
tenencia de mis bienes y utilízalos como un
procurador, hasta que Ferdinand y Miranda
puedan tomar posesión efectiva, acumulándo-
los al reino de Nápoles. Nada de cuanto se ha
estipulado en lo que les concierne, debe ser
diferido: que sus nupcias sean celebradas en
Nápoles con toda magnificencia real. Buen
Gonzalo, en ti confío. En esa ceremonia harás
de padre a nuestra princesa.

GONZALO — Señor, cuenta conmigo.

PRÓSPERO — Adiós, señores.

Salen.

¡Y ahora Calibán, vamos a vernos las caras!
Lo que te he de decir es breve:
Diez veces, cien veces, he tratado de salvarte,
para empezar, de ti mismo.
Pero siempre me has contestado con la ira
y el veneno, igual
a la zarigüeya que para mejor
morder la mano que la salva de la noche
¡se iza en la cuerda de su propio rabo!
Pues bien, muchacho, forzaré mi naturaleza
indulgente y de ahora en adelante a tu vio-
lencia
¡contestaré con la violencia!

*El tiempo pasa, simbolizado por el telón que des-
ciende a medias y luego vuelve a subir. En la pe-
numbra, Próspero, con aire envejecido y cansado.
Sus ademanes son automáticos y raquíuticos, su
lenguaje pobre y estereotipado.*

PRÓSPERO — ¡Qué extraño! Desde hace algún tiem-
po estamos invadidos de zarigüeyas. Está lle-
no... Pecaris, cerdos salvajes, toda esa puerca
natura. Pero sobre todo zarigüeyas... ¡Oh, esos
ojos! ¡Y en la cara el rictus innoble! Se diría
que la jungla quiere invadir la gruta. Pero me
defenderé... No dejaré que muera mi obra...
(Gritando.) ¡Defenderé la civilización!
(Dispara en todas direcciones.)
Ya han recibido lo suyo... Así tengo unos mo-
mentos de tranquilidad... Pero hace frío...
¡Qué raro! El clima no es el mismo... Hace frío

en la isla... Habría que encender fuego... Ya
ves, mi viejo Calibán, ya sólo quedamos dos en
esta isla, tú y yo. ¡Tú y yo! ¡Tú-Yo! ¡Yo-Tú!
Pero ¿qué diablos hace?

(Gritando.)

¡Calibán!

*A lo lejos, entre el ruido de la resaca y el piar de
los pájaros, se oyen algunos trozos de la canción
de Calibán.*

¡LA LIBERTAD OHÉ, LA LIBERTAD!